

of all art and science... In this sense, *and only in this sense* [cursiva mía, LJB], I belong to the ranks of the devoutly religious men" [Ph. Frank, pag. 284]. Más tarde agrega: "Esa profunda creencia en la racionalidad de la estructura del mundo... debe haber presidido la obra de Kepler y la de Newton...".

A. Pais pone, como frase capital de AE, ya en el subtítulo del libro, "El señor, Dios, es sofisticado, sutil, pero no maligno", lo que refleja de nuevo mucho de su posición religiosa. "No puedo concebir un verdadero científico sin esa [especie de] fé". Aunque él era opuesto a las prácticas religiosas como tales, sí que admiraba y admitía el carácter organizativo de la Religión, con las iglesias y los ritos, y señaló que eran buenas para la educación general...

Aunque AE no era, en general, muy vanidoso, en una respuesta a una mujer que le preguntó cómo hubiese reaccionado si los experimentos (de 1919) no hubiesen confirmado su Teoría General de la Relatividad (y de la Gravitación) dice: "Lo hubiese sentido por el buen Dios; pues la teoría es correcta, de todos modos".

Es difícil llevar a cabo una discusión de las teorías religiosas de AE sin rozar sus ideas filosóficas. Por ejemplo, AE distinguía entre Teorías "Constructivas" en ciencia, que atacan y proponen soluciones a un problema concreto, por ejemplo la teoría cinética de los gases, que a él le sirvió mucho, de las "Teorías de Principio", como la Relatividad Especial (y hasta cierto punto, la General), que establecen condiciones para cualquier teoría constructiva (por ejemplo, hay que reformular la teoría electromagnética de Maxwell para que esté, manifiestamente, de acuerdo con la Relatividad Especial). Muchos opinamos que la Teoría Cuántica (la moderna, post-1925) es una "teoría de principio", en el sentido de que todos los problemas concretos de la física (por ejemplo, la estructura nuclear) deben abordarse con el formalismo cuántico. No Einstein: para él la Teoría Cuántica fue siempre provisional, y esperaba [algo ingenuamente] que en el futuro fuese subsumida por una teoría de campos, en el continuo; AE esperaba, por ejemplo, que las "partículas elementales" apareciesen como singularidades de los campos... esperanza que NO se ha cumplido en absoluto [y que la mayor parte de nosotros no espera que se cumpla...].

Luis Navarro, un querido colega de Barcelona, en su libro abunda en el "cambio" estructural de AE al que ya hemos aludido: en su juventud, fue revolucionario, y "profetizó" por ejemplo el fotón; pero en su madurez se impuso su formación clásica, y resultó un "hereje" al aparecer la Teoría Cuántica, que se contrapone a la Física Clásica...

Las siguientes frases de Einstein con respecto a la Religión quiero que sirvan como colofón a este ensayo. "Con respecto a Dios, no puedo aceptar ningún concepto basado en la autoridad de la Iglesia. Desde que tengo uso de razón me ha molestado

el adoctrinamiento de las masas. No creo en el miedo a la vida, en el miedo a la muerte, en la fe ciega. No puedo demostrar que no hay un Dios personal, pero si hablara de él mentiría. No creo en el Dios de la Teología, en el Dios que premia el bien y castiga el mal. Mi Dios creó las leyes que se encargan de eso. Su Universo no está gobernado por quimeras, sino por leyes inmutables...”

LITERATURA

- A. Pais. “El Señor es sutil: una biografía de Albert Einstein”. Ariel, Barcelona 1984.
 - Ph. Frank. “Einstein, life and times”. A. Knopf, N.Y. 1947.
 - L. Navarro. “Einstein, profeta y hereje”. Tusquets 1990.
 - J. Bernstein. “Albert Einstein and The Frontiers of Physics”. Fontana 1996.
 - W. Isaacson “Einstein. Su Vida y el Universo”. Debate, 2008.
 - A. Azcárraga “Einstein”.- Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2005.
 - A. Fernández-Rañada “Los científicos y Dios”. Ediciones Nobel, Oviedo 1994.
-

Jean Monnet, una cierta idea de Europa

Rev. Aragon. Teol. 37 (2013)

José Luis Febas Borra

PRÓLOGO: La dual concepción europea

Reflexionar sobre la realidad sociopolítica de Europa, en relación con su evolución y su identidad, es una necesidad que surge periódicamente con motivo de hechos determinantes que inciden directamente en la opinión de los ciudadanos. El referéndum sobre el Proyecto de Constitución de la Unión Europea que tuvo lugar en febrero de 2005 en nuestro país, fue uno de ellos.

Hoy, siete años más tarde, el tema europeo vuelve a estar de actualidad como marco geográfico e institucional de referencia obligada, tanto en las causas de la crisis económica que estamos padeciendo y en las soluciones para salir de ella, como en las aspiraciones independentistas impulsadas desde algunos partidos nacionalistas. Y no faltan las voces críticas de algunas de las denominadas fuerzas sociales, que incluso ven en ella y en las políticas económicas que inspira, no el camino de solución sino una parte del problema, por los recortes que exige en el campo de lo social y el consecuente desmantelamiento de la “sociedad del bienestar” que con tanto esfuerzo habíamos ido creando en los últimos veinticinco años.

Constatamos además que el sentimiento de incomodidad e incluso la protesta en que se cristaliza no son privativos de los países del “Sur” (siempre en inferioridad socioeconómica respecto de los del “Norte”, como siempre ha sucedido en todas las latitudes del mundo), sino que es compartida por amplios sectores de estos países ricos del Norte (el caso de Alemania sería significativo) que, desde su privilegiada situación, ven excesivo el peso que tienen que soportar para seguir adelante con este macroproyecto de Europa, de denominación menguante (Comunidad Económica Europea en 1957, Comunidad Europea en 1967 y Unión Europea en 1991) pero de extensión creciente: en los años 60 agrupaba a 6 países, en los años 70 incorpora a otros 3 (Gran Bretaña incluida), en los años 80 ya era de 12 (el último de ellos España), en los 90 se extiende a 15 (los países del norte) y en los 2000 se amplía primero a 25 y últimamente a 27 (con la incorporación de los países del área ex comunista) y a la que siguen llamando otros en la actualidad, por no citar más que a Turquía, en las puertas del Oriente.

Pues bien, en todos los momentos de esta historia de 60 años (larga o corta, según la perspectiva con la que se aborde), que se inicia el 9 de mayo de 1950 con una conferencia de prensa en la Sala del Reloj del Ministerio de Asuntos Exteriores francés en la que su titular, Robert Schuman, presenta la declaración sobre la CECA (Comunidad Económica del Carbón y del Acero), siempre ha estado gravitando una doble concepción:

1.^a: una *Unión Europea de estados*, en la que éstos conservan sus poderes fundamentales y su independencia, pero delegando en ella algunas pequeñas parcelas, particularmente en la esfera de lo económico y, colateralmente, de lo social;

2.^a: la consecución de una *Europa federal* que actúe como un único estado, con unas instituciones fuertes a todos los niveles (económico, social y político), acorde con su potencialidad geodemográfica de 500 millones de personas, la tercera del mundo tras China (1300 millones) e India (1100 millones), y por delante de la primera potencia económica mundial, los Estados Unidos (con 260 millones de habitantes).

Para definir mejor esta doble opción, suele acudir a pares de conceptos tales como “economía vs comunidad”, “soberanía nacional vs racionalidad supranacional”, “independencia de los estados vs fuerza de los engranajes”, en definitiva, “democracia vs tecnocracia”.

Y aquí es donde entra de lleno la figura y el legado de Jean Monnet, personaje clave de la construcción europea e injustamente olvidado en nuestro país. Considerado como uno de los creadores de esta Europa creciente que acabamos de esbozar, nos preguntamos sobre el alcance de sus aportaciones y sobre su sentido y su vigencia en el momento actual.

1. Los principales hitos de una biografía societaria

En 1986 la Fundación Jean Monnet realizó una exposición sobre la vida de este banquero transformado en político (Wikipedia dixit), con motivo de la adquisición por el Parlamento Europeo de la casa de Houjarray (Yvelines) donde estableció su domicilio, a una hora de París. Los datos biográficos que siguen, los textos que cito en este capítulo e incluso la propia estructura del mismo, están tomados de la publicación “Bâtir l’Europe” que recoge esta exposición y que puede visitarse en la página web que incluyo en las “Referencias bibliográficas”, al igual que el resto de publicaciones citadas en este artículo.

Los años de formación (1888-1914)

Jean Omer Marie Gabriel Monnet, nace en Cognac (en la Charente, región de viñedos en el suroeste de Francia, al norte de Burdeos) el 9 de noviembre de 1888, en el seno de una familia dedicada a la producción de coñac. Así describe sus primeros años:

“En el mundo en que crecí, sólo se hacía una cosa, con concentración y lentitud, era la única manera de hacer un buen producto.

Tengo el recuerdo de una infancia seria y disciplinada. Cuando jugaba de niño en las bodegas, era rico en espacio. ¿Por qué debía inquietarme por el camino a seguir cuando estaba llamado del modo más natural a continuar con el negocio de mi padre?

A los 16 años, ya era un viajero. Fui a Londres a aprender el inglés. Descubrí la City, observé las tradiciones de los medios de negocios británicos. Cuando emprendí mi primer viaje lejano [ultra-atlántico], mi padre me dijo : “No lles libros. Nadie puede pensar por ti. Mira por la ventana, habla a las personas. Presta atención a quien está a tu lado”. Fui a visitar a nuestros clientes en Winnipeg, hombres rudos en medio de un clima rudo... Allí encontré a un pueblo cuya ocupación era no la gestión de lo que ya existía sino desarrollarlo sin tregua.”

Pronto aprende la lección. Vende en Canadá las cajas de coñac familiar y compra fardos de pieles que vende a su vez en la Bahía de Hudson al célebre peletero Révillon. Los prósperos y cada vez más importantes negocios hacen que entre en contacto con el Banco Lazard, de Nueva York, donde su ascensión es fulgurante, y que se introduzca sólidamente en el “establishment” de la Costa Este de los Estados Unidos.

Vencer la guerra - construir la paz (1914-1938)

Cuando comienza la Primera Guerra Mundial en 1914, tiene 26 años. Declarado inútil para el alistamiento por problemas de salud, se dirige directamente al Presidente del Consejo y le espeta: *“Hay que poner en marcha órganos comunes capaces de medir los recursos de la Alianza [Francia e Inglaterra], repartirlos y equilibrar las cargas”*. ¿Es un experto, un tecnócrata? No todavía. Simplemente habla desde su experiencia en el comercio del coñac, al darse cuenta del desbarajuste que existía en el planteamiento de la Guerra por parte de las potencias aliadas.

El hecho de que se codee de igual a igual con los grandes nombres de las finanzas anglosajonas, determina al Ministro de Guerra y de Transportes en el gobierno de Clemenceau a enviarle a Londres para representar los intereses de Francia en el tema del abastecimiento, poniendo en marcha en 1916 una Oficina común de

abastecimiento aliada, el “**Wheat Executive**”, lo que implicará sus primeros pasos en la actividad política directa.

Al año siguiente convence a los ingleses, a los italianos y más tarde a los norteamericanos de que es indispensable la puesta en marcha de un **Consejo Aliado de los Transportes Marítimos (CATM)**, para paliar las consecuencias de la guerra submarina. Gracias a él, dos millones de soldados americanos y millones de toneladas de material atraviesan en 1918 el Atlántico, toda una estrategia interaliada que los vencedores se apresuran a desarticular tras la firma del armisticio.

*“En 1919 participé en la creación de la **Sociedad de las Naciones** [de la que fue Secretario general adjunto]. Queríamos actuar por medio de la persuasión. Era insuficiente. Pronto el derecho de veto de los Estados la paralizó .*

Acabada la Primera Guerra mundial, Europa era un campo de ruinas. Trabajé lo mejor que pude en su recuperación, en Silesia, Austria, Polonia, Rumanía. Pero tuve que volver a Cognac donde mi padre, ya mayor, no podía modernizar el negocio del licor. A él le interesaba sólo la calidad. Pero había que pensar también en la cantidad. Me dediqué a ello por algún tiempo. Pero ya me había picado el gusanillo de los negocios internacionales. Primero dirigí un gran banco americano en San Francisco y luego fui a China, a asesorar a Chang Kai-Chek que quería hacer entrar a su país en el siglo XX [concretamente en el diseño del mapa ferroviario chino].

En 1929 encontré una chica muy guapa, Silvia de Bondini. Nació entre nosotros un gran amor, compartido e indestructible”.

¿Cómo se explica esta fulgurante ascensión en el mundo de los negocios americanos?

Es un claro caso de padrinos. Paul Warbug, célebre hombre de negocios a quien se debe la idea de creación del Banco Central americano, lo toma bajo su protección y con J.P. Morgan (el fundador del banco que lleva su nombre) y con Jacob Schiff (del banco Kuhn Loeb), se va a convertir en una de las figuras de proa de la **Pilgrim's Society**.

Pero ¿qué es esta “Sociedad de los Peregrinos” creada en 1902? Muy sencillo, una sociedad secreta angloamericana, cuyo objetivo es promover la paz eterna y la ayuda mutua entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Menos férreo en la actualidad en lo que hace al secretismo de sus miembros, salen periódicamente en los medios de estos países por organizar cenas de bienvenida cuando se producen cambios de embajadores entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Entre sus mecenas se encuentra la reina Isabel II de Inglaterra.

Este auténtico grupo de poder va a ser la matriz ideológica de la que nacerán, a lo largo del siglo XX, tres organizaciones especializadas en las que siempre se encuentra Monnet:

- el **CFR (Council on Foreign Relations)** en 1920
- el **Bilderberg Group** (anglosajón y europeo) en 1954
- y la famosa **Comisión Trilateral**, creada en 1973 para incluir a Japón en lo que determinan los que mueven los hilos de las economías europea y norteamericana.

Eso sí, siempre con el mismo objetivo filantrópico de anular los riesgos de la guerra, favoreciendo la integración de las economías nacionales y promocionando la transferencia de parcelas de soberanía de los Estados a organismos ejecutivos supranacionales.

El combate de las democracias (1939-1945)

Pero no adelantemos acontecimientos. Nos hemos quedado, por lo que hace a Jean Monnet, en los años previos a la Segunda Guerra Mundial.

En 1938 y 1939 lo encontramos llevando a cabo misiones en Estados Unidos que el gobierno francés le encomienda para obtener pedidos de armamento. En 1939 es nombrado para presidir la **Comisión Franco-británica de Avituallamiento**. Lo más original es que con ese motivo consigue un estatuto supranacional, representando a la vez a Francia y a Gran Bretaña. Un periódico inglés de la época lo califica como “el primer funcionario federal del Nuevo Mundo”. Y en junio de 1940, cuando la mayoría de los responsables franceses caen en la desesperación, Monnet sugiere un proyecto de fusión total de ambos países, como la única solución que, a su parecer, salvaría a Francia de la firma del armisticio. A Churchill, de Gaulle y Reynaud no les parece mal la idea. El mariscal Pétain no quiere ni oír hablar de ella. Todos sabemos lo que pasa a continuación cuando, tras la ocupación alemana, preside en Vichy un gobierno colaboracionista con Hitler.

Monnet se refugia en Washington, donde prosigue su lucha contra la Alemania nazi. Entra en el equipo de Roosevelt como consejero y participa activamente en la elaboración del “**Victory Program**”, que implicará a Estados Unidos en el conflicto, convirtiéndolo en el gran abastecedor de armas de la coalición. Enviado por el presidente americano, participa en Argel como mediador en el conflicto surgido entre los dos generales franceses, de Gaulle y Giraud, contribuyendo al nacimiento del **Comité Francés de Liberación Nacional**, copresidido por ambos generales, encargándose él mismo personalmente del tema del armamento.

La construcción de Europa (1945-1975)

Acabada la guerra, elabora en 1945 un plan de modernización para Francia, basado en el incremento de la productividad, el llamado **“Plan Monnet”**, que le va a ocupar hasta 1950 y que, en realidad, sitúa al país bajo la tutela americana, al reclamo del “Plan Marshal”. Así lo describe él mismo:

“Cuando los hombres se sientan alrededor de una misma mesa para hablar del mismo problema y para buscar conjuntamente una solución, su mentalidad cambia, las oposiciones se esfuman: ese era el método del Plan. Su lema era “Modernización o decadencia”. Su filosofía: “La modernización no es un estado de cosas sino un estado de espíritu”.

Nuestro equipo era pequeño, en la rue de Martignac. No se trataba de administrar nosotros mismos la recuperación de Francia, sino de fijar las orientaciones, los métodos de acción, et ritmo”.

Pero fue el primer plan nacional que reunió a los representantes de los industriales, de los sindicalistas, de los agricultores, más de mil personas que fijaron en común objetivos ambiciosos para Francia.”

1950 es el año clave que marca el comienzo de la Unión Europea. ¿Por qué? Así lo explica Monnet:

“El problema de Europa nace cuando comienza la guerra fría entre el Este y el Oeste. El objetivo principal era Alemania. Era urgente evitar un enfrentamiento, en el que Europa se vería de nuevo arrastrada.

Yo no veía más que un remedio, aliarnos sin posibilidad de marcha atrás con Alemania en una empresa solidaria a la que su unieran los otros vecinos. Se lo propuse a Robert Schuman, ministro de Asuntos Exteriores, quien lo aceptó. El 9 de mayo de 1950, tras asegurarse el acuerdo del canciller Adenauer, Robert Schuman hizo en nombre del gobierno francés la célebre declaración, proponiendo colocar el conjunto de la producción franco-alemana del carbón y del acero, bajo una Alta Autoridad común, abierta a los otros países de Europa.”

El **“Plan Schuman”** (cuyo autor es realmente Monnet) está en el origen de la **CECA (Comunidad Económica del Carbón y del Acero)**, presidida por el mismo Monnet hasta 1955, germen de la futura Unión Europea. En 1951 se firma en París un tratado por el que se crea una Asamblea de los Seis, un Tribunal de Justicia y un Consejo de Ministros. El proyecto europeo está en marcha.

El tema del acero funciona bien en Europa, pero en plena guerra fría los aliados anglosajones no quieren financiar la defensa de Alemania. Que se paguen ellos el ejército alemán. Monnet ve en ello una peligrosa marcha atrás y propone como solución un proyecto bien visto por los Estados Unidos, la **CED (Comunidad Europea de**

Defensa), cuyo objetivo sería la puesta en marcha de un ejército europeo. René Pleven, presidente del Consejo de Ministros en Francia lo aprueba, pero el Parlamento francés, que cuenta con la oposición decidida de de Gaulle, duda.

Esta propuesta de signo federalista cuenta con el apoyo explícito de la iglesia católica, y del papa Pío XII en particular, que ve favorablemente un nuevo “juramento de Estrasburgo” entre los jefes de las Democracias Cristianas occidentales (el francés Robert Schuman, el alemán Konrad Adenauer y el italiano Alcide de Gasperi). El propio “Osservatore Romano”, órgano oficial de la Santa Sede, toma partido explícitamente, suplicando a los franceses que no sigan a los gaullistas, “adversarios de Europa y por lo tanto de la paz”.

Pese a estos apoyos, el veto al Proyecto de la CED del Parlamento francés en 1954, bajo el gobierno de Mendès France, supuso el primer fracaso importante en el proceso de la unidad europea.

Quizás desencantado, Monnet decide abandonar sus funciones oficiales y lanzar en 1956 un **“Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa”**, presidido obviamente por él. Durante 20 años va a impulsar infatigablemente su modelo federalista, viajando de capital en capital y publicando incluso un libro que lleva por título *“Los Estados Unidos de Europa han comenzado”*. Su lema es tajante y sugerente: *“No coaligamos Estados, unimos hombres”*. Así resume su actuación:

“El Comité de Acción se preocupa de ampliar la Comunidad a Gran Bretaña y de disipar los malentendidos que existen de una parte y de otra. Encuentro mucha buena voluntad en Macmillan y Heath.”

Voy a ver a Kennedy. Su visión del mundo es generosa. El propone un “partnership” entre los Estados Unidos y la Europa unida. Es decir, una asociación de miembros iguales. El Comité persigue incansablemente sus objetivos y toma resoluciones casi siempre bajo un acuerdo unánime. La influencia política de sus miembros se ejerce en cada país para hacer entrar estas resoluciones. Durante veinte años luchamos por profundizar y ampliar nuestra unión europea”.

Monnet disolvió este Comité en 1975, satisfecho (al menos así lo dijo) por el logro de la elección directa de los miembros del Parlamento Europeo por sufragio universal.

Las lecciones de la experiencia (1975-1979)

“En 1975, me retiré a mi casa de Houjarray para escribir mis Memorias.

Pensaba que todavía podría ser útil transmitiendo las lecciones de mi experiencia. Doy largos paseos por el bosque. A mi lado Silvia pinta paisajes y

retratos que me emocionan. Vienen a verme amigos. Me preguntan qué hay que hacer. Les respondo: "Continuad, continuad, no hay para los pueblos de Europa otro futuro que la unión."

El Consejo Europeo con sede en Luxemburgo, le confirió el título de "Ciudadano de honor de Europa" en 1976 y fue galardonado con el Premio Robert Schuman por sus servicios a la causa europea. Falleció en su pueblo de Yvelines el 16 de marzo de 1979, a la edad de 91 años. Coincidiendo con el centenario de su nacimiento, el presidente francés François Mitterrand hizo trasladar sus restos mortales al Panteón de París en 1988, donde reposa al lado de otros personajes destacados de la historia de Francia.

2. Monnet y de Gaulle: el duelo del siglo

El título no es mío. Pertenece a un estudio del periodista e historiador francés Eric Branca, publicado en noviembre de 1998 en la revista *"Espoir"* (Esperanza), de la Fundación Charles de Gaulle.

Su interés radica en la comparación que realiza entre la biografía, el pensamiento y las aportaciones de estos dos personajes, coetáneos y franceses, cuya impronta sigue gravitando sobre la configuración de la actual Europa. Tipifican como nadie las dos perspectivas (nacionalismo vs europeísmo) que polarizan la concepción de esta macroentidad en curso de formación. Así la describe Branca :

"Bajo las categorías cómodas de "nacionalismo" y de "europeísmo" aplicadas a de Gaulle y a Monnet (con la evidente intención de recurrir a los modernos contra los antiguos), apunta una dialéctica de otro modo arraigada en la historia: la libertad nacional opuesta a la coerción imperial; la tradición capeta de Francia invocada por la República contra el viejo sueño carolingio secularizado por los tecnócratas. Se ve bien dónde se coloca el arcaísmo..."

Es verdad que, nada más nacer, Charles de Gaulle y Jean Monnet se oponían ya. Cuando el primero ve la luz en 1890 en Lille, capital de una frontera machacada por las invasiones y traumatizada por la pérdida de las vecinas Alsacia y Lorena, el segundo ha nacido dos años antes en el corazón de esa Aquitania, en la que desde la Guerra de los Cien años, sólo se ve al extranjero como un cliente, e incluso como un asociado."

Y a continuación opone la opción pragmática y universalista que el joven Monnet adopta con motivo de su salida al extranjero, a la opción vital de de Gaulle que ha bebido en las fuentes de Charles Péguy y de su "certaine idée de la France", de la doctrina social de la Iglesia y también de Barrès y de Nietzsche, y que elige el camino

de las armas. Al comienzo de sus "Memorias de Guerra" escribe: *"Cuando ingresé en el ejército, era éste una de las mayores cosas del mundo. Sentía acercarse con una sorda esperanza el día en que todo dependería de él"*.

Ese "duelo" entre Monnet y de Gaulle no implica el que siempre se hayan opuesto de un modo sistemático en los múltiples contactos a los que les forzó la historia. Desde 1940 hasta el comienzo de los años 60, hubo numerosos puntos de encuentro e incluso de convergencia. Como muestra, volvamos al año 1943, ya en plena Segunda Guerra Mundial. Una parte de Francia está ocupada por los alemanes y otra dirigida por el gobierno colaboracionista del mariscal Pétain con sede en Vichy. Monnet se encuentra en Washington mientras el general de Gaulle está en Argel, encargado junto con el otro general, Giraud, de organizar la Resistencia francesa y facilitar el desembarco de las tropas estadounidenses del general Eisenhower en las costas africanas. Los dos generales franceses no acaban de entenderse, en una clara lucha por el poder personal, y Monnet es enviado por Roosevelt para mediar en el conflicto, con la consigna bien precisa de que apoye a Giraud, puesto que creen que será más fácil de manejar que de Gaulle para colocar a Francia bajo la órbita americana, una vez se consiga la Liberación.

No lo hace así Monnet, quien no se opondrá públicamente al hombre que el 18 de junio de 1940 había lanzado en la radio londinense su célebre discurso antinazi, considerado como el origen de la Resistencia francesa y a quien ve como el único que puede sacar adelante al país en la complicada situación que se avecina. Pero lo que de Gaulle no sabe es que en ese mismo momento en Argel, Monnet toma la decisión de combatirlo por todos los medios.

Así lo sugiere el tenor de esta nota ultrasecreta que envía al secretario de estado Harry Hopkins el 6 de mayo de 1943: *"Está claro que el entendimiento con él [de Gaulle] es imposible; es un enemigo del pueblo francés y de sus libertades; es un enemigo de la construcción europea y, en consecuencia, debe ser destruido por el interés de los franceses..."* (o de los americanos, añade entre paréntesis el gaullista Eric Branca, de quien tomo la cita). Y esta carta dirigida al presidente Roosevelt el 5 de agosto siguiente: *"No habrá paz en Europa si los Estados se reconstituyen sobre la base de las soberanías nacionales. Tendrán que formar una federación que haga de ellos una unidad económica común"*. Como podemos ver, las bases de la Unión Europea, sentadas seis años más tarde (en 1950) con el "Plan Schuman", al que ya nos hemos referido.

Pero volvamos a de Gaulle. Amor con amor se paga y, en el fondo, hemos de reconocer que el Mercado Común no habría surgido con la fuerza con que lo hizo, si el General, convertido ya en presidente de la V República, no hubiera decidido adoptar en 1958 las indispensables medidas de acompañamiento "inspiradas" (en otro lugar emplea la palabra "instigadas") por Jean Monnet, lo que trasluce al mismo tiempo su

desconfianza de nacionalista convencido, su condescendencia con el prestigio internacional de Monnet y el apoyo de los Estados Unidos e incluso una chispa de admiración personal.

La ruptura vendrá tres años más tarde, en 1962. El General creía en una "Europa de los estados". Así lo afirma con toda rotundidad en una conferencia de prensa el 5 de septiembre de 1960: *"Europa son los estados, muy diferentes unos de otros. Cada uno tiene su propia alma, su propia historia, su propia lengua, sus desgracias, sus glorias, sus propias ambiciones... pero estados, que son las únicas entidades que poseen el derecho para mandar y la autoridad para obrar. Figurarse que se puede construir algo que sea eficaz para la acción y aprobado por los pueblos fuera y por encima de los estados, es una quimera"*. En estas condiciones, los organismos más o menos "extraterritoriales" tan sólo pueden aspirar a desempeñar un papel técnico y subordinado. Cooperación entre los estados, sí; abandono de la soberanía nacional, ciertamente no.

Dos años después todavía va más lejos. Se guasea de esa Europa de Volapük (una lengua alternativa al esperanto) y ataca violentamente a los partidarios de la integración europea: *"Repito que en este momento, no hay ni puede haber otra Europa posible que la de los estados, fuera naturalmente de los mitos, de las ficciones y de las ensoñaciones"*. Y lo argumenta de este modo: *"La Europa integrada, como ahora se llama, donde no habría política, pasaría a depender de alguien de fuera, que sí que tiene una. Habría a lo mejor un federador, pero que no sería europeo. Y esto es lo que, en cierta medida y a veces, inspiran algunas afirmaciones de tal o cual partidario de la integración de Europa"*. Como se ve, la Europa supranacional asimilada a la Europa americana. Abogar por una Europa integrada sería refugiarse en el "atlantismo" más servil.

Jean Monnet y sus amigos americanos reaccionan con indignación. Se esfuerzan en demostrar que únicamente los Estados Unidos de Europa podrán dialogar, en pie de igualdad, con los Estados Unidos de América, que el mantenimiento de las diversas nacionalidades debilitará el poder de Europa y asegurará su dependencia de los americanos, que tanto los "europeístas" como los "gaullistas" se preocupan de mantener el puesto relevante de Francia, pero que ellos toman el único camino que lo puede garantizar. Todo es inútil.

Ciertamente, Gran Bretaña cuyo ingreso en la Comunidad Europea es vetado por Francia dos veces, acaba por entrar en 1973. Los países que integran la Europa unida ven creciendo: 6, 12, 25, ahora 27, pronto quizás 30. Las políticas industriales, monetarias, agrícolas, sociales, de fronteras... se van coordinando e imponiendo como pueden. El Parlamento Europeo es elegido por sufragio universal. Pero nada de nada de una Europa supranacional. La última oportunidad perdida en el camino de la unión

fue el proyecto de Constitución Europea que no prosperó, al ser vetado precisamente por Francia y Holanda. ¿Podríamos afirmar que de Gaulle estaría ganando la partida a Monnet?

3. Monnet y el “monnetismo”: evaluación o devaluación

He intentado esbozar la trayectoria personal y la impronta de Jean Monnet en la política internacional, particularmente europea, en buena parte del pasado siglo. Pero en el momento de la evaluación de su persona y de su obra, surge inevitablemente una pregunta: ¿Estamos realmente ante un “político cristiano”? Tanto más, si se le compara con su gran amigo, Robert Schuman, cuya causa de beatificación ha sido incoada por la diócesis francesa de Metz.

Por lo que respecta a su adscripción religiosa, sí que mostró simpatía por la Democracia Cristiana, de cuyos jefes de fila europeos se consideraba cercano, pero al contrario de ellos, nunca estuvo afiliado a la misma. Ni a ningún otro partido político. La misma idea le horrorizaba, como confiesa en sus Memorias: *“Decir que sí y luego seguir la corriente, actuar sin estar completamente convencido o incluso antes de estarlo, hubiera sido incapaz.”* ¿Un político que reniega de los partidos políticos puede seguir considerándose un político? ¿No hay una cierta incoherencia en ello, avalada por su modo de actuar en este campo?

Profundamente antigauillista como era, apoyó en 1958 el retorno a la escena política del general de Gaulle. Pero en 1965, en la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas apoyó a Jean Lecanuet (del MRP, Movimiento Republicano Popular) para que de Gaulle no venciera por mayoría absoluta y tuviera que ir a la segunda vuelta, y entonces apoyó al socialista François Mitterrand. En 1974, sostiene a Valéry Giscard d'Estaing (UDF, Unión por la Democracia Francesa). ¿Qué lógica tiene este cambio permanente de partidos?

Una sola: ponerse del lado de los que mejor defendían la idea europea. Lo demás, incluida su ideología política, le traía sin cuidado. Su campo de juego no era el de la política partidista, se sentía muy por encima de los líderes políticos, a los que intentaba manejar a su provecho. Tenía a gala el haber trabajado en armonía con todas las organizaciones sindicales y con todas las formaciones políticas: de Konrad Adenauer a Willy Brandt, de Harold Wilson a John Kennedy.

A los ojos de los analistas, como André Kaspi, profesor de la Sorbona, ello tiene una ventaja pero también un inconveniente.

La ventaja: haber sabido conservar los lazos, más o menos estrechos, con todos los líderes de su tiempo. Hombre de amistad, conoce y trata tanto en Europa Occidental

como en Estados Unidos, a todos los que han tenido, tienen o tendrán poder político. Como no alimenta ninguna ambición personal, como no está alineado con ningún partido, puede hacerse escuchar sin que sea sospechoso de segundas intenciones y ganar para su causa a personalidades de toda procedencia. Ello le será particularmente útil en su etapa final, al frente del Comité de Acción para los Estados Unidos de Europa, que preside desde 1956. Monnet nunca ha sido un personaje solitario, consciente como era de que en política la soledad es un peligro mortal. Pone una confianza ilimitada en la influencia de los pequeños grupos, de los hombres clave, de las relaciones personales.

Pero ello tiene también un inconveniente, no tanto para él mismo personalmente sino para el proyecto político que lidera, y es que le trae sin cuidado el contenido ideológico de Europa. ¿Será de derechas, de izquierdas o de centro? ¿Será una comunidad socialista o capitalista? Para él la cuestión es secundaria, porque Europa será lo que los europeos hagan de ella. Lo esencial es que se ponga en marcha, que viva y que se desarrolle.

Esta actitud, en un primer tiempo, pudo ser positiva para la causa, e incluso tener un cierto sentido. Pero a la larga limita las ambiciones de los partidarios europeístas. Negándoles el combatir por una ideología, se debilitan sus motivaciones y se corre el riesgo de transformar la construcción de Europa en un asunto de expertos o de técnicos, que como sucede en todas las tecnocracias, puede ser más o menos bien acogido por la opinión pública, pero carente de ímpetu y de vida. Nada comparable al encendido discurso de de Gaulle, apostilla Kaspi.

Esto se halla relacionado con un rasgo constitutivo de la personalidad de Monnet, la discreción. En el ya citado estudio del gaullista Eric Branca (quien ha publicado por cierto en 2008 una *"Historia secreta de la derecha"*), se le define como uno de los grandes "fantasmas" del siglo. No le gustaba figurar. Se desenvolvía bien a la sombra, actuando generalmente por medio de personajes interpuestos (mejor cuanto mayor poder detentaran). No le gustaban las multitudes, hablaba a los hombres de poder. Usaba un lenguaje altamente técnico que se expresaba por medio de propuestas, resoluciones, negociaciones... Y no es que despreciara a los medios de comunicación, que sabía manejar a su antojo cuando la ocasión lo requería, pero prefería que fueran los periodistas y los políticos los que ejercieran directamente la acción sobre la opinión pública.

Al contrario de de Gaulle, no supo dirigirse a las masas. Sin duda que le hubiera gustado ser un buen orador, pero la naturaleza no le dio esa facultad. Era eficaz en las distancias cortas, en las conversaciones particulares, un buen manejador de políticos, pero un pésimo "comunicador". En una democracia —sigue afirmando Branca— más que en cualquier otro régimen, hace falta saber dirigirse a las masas. Éstas también necesitan ser convencidas.

Quizás no lo necesitó en la época de lanzamiento de la idea de unidad europea que le tocó vivir. La coyuntura económica de una Europa empobrecida por las dos guerras mundiales, la guerra fría y la amenaza comunista de los países del otro lado del telón de acero hasta que se derribó el muro de Berlín, la tutela ejercida en los diversos países por los Estados Unidos militar y económicamente, entre otras muchas causas, hacían que esa idea de una Europa unitaria avanzara hacia su objetivo. No sin dificultades, es verdad, y a un ritmo mucho más lento de lo que Monnet hubiera deseado, pero con una tranquilizadora inercia que no podía ser otra que la de la dirección prevista.

Pero desaparecido en 1979 Monnet, su inspirador, otra cosa es lo que sucede con su obra, y no me refiero tanto a su “hija” Europa (él que ha sido declarado “padre de Europa”), cuanto al ADN que le ha transmitido, esa “cierta concepción de Europa” que, por comodidad, voy a denominar el “monnetismo”. En otras palabras, ¿qué vigencia y qué futuro tiene el pensamiento “político” de Monnet en el “aquí” de la Europa que nos está tocando vivir y el “ahora” de la crisis que estamos padeciendo?

¿Qué poder de atracción tiene la complicada superestructura comunitaria, con sus múltiples sedes centroeuropeas, tan lejana e incomprensible para la mayoría de la población real? ¿Qué pasión despierta el despiadado lenguaje de los números, de los objetivos macroeconómicos subordinadores de los otros objetivos, que tan duras repercusiones tienen en la vida diaria de la población de a pie, impuestos desde Bruselas o desde Frankfurt, por parte de unos funcionarios o de unos políticos que dan la impresión de estar en un retiro dorado (no por el sol, sino por el dinero que perciben), a menudo como premio a los servicios prestados a sus partidos en sus países de origen? ¿No es éste el mejor caldo de cultivo para una creciente y cada vez más exteriorizada desafección por parte de los ciudadanos europeos respecto de la idea monnetista de una cohesión europea basada en el interés general y no en los intereses particulares? ¿No es contradictoria en el fondo la reiterada alusión a Europa como marco y última aspiración de los discursos nacionalistas, estimuladores de egoísmos, separatismos y particularismos ancestrales?

Esto es el mundo al revés. El discurso del corazón contra el de la razón. De Gaulle redivivo apuntillando a Monnet, como aparece en esta feroz crítica del gaullista Branca: *“Contra de Gaulle, que no concebía la economía más que como una actividad al servicio del político, Monnet impuso con toda naturalidad el orden inverso: la sumisión de la política —que implica la elección y por ello la contingencia— a la técnica económica, ajena a toda alternativa, puesto que se autoconcibe como poseedora de una racionalidad suprema. François Goguel tiene razón: el socialismo, fase suprema del comunismo, es la extinción del estado; el mundialismo, fase suprema del federalismo, es la extinción de las naciones, fundamento de la legitimidad de los estados”*.

El más claro ejemplo de esta “devaluación” del monnetismo sería el rechazo al proyecto de Constitución Europea de 2005, encargado a un monnetista declarado, el ex presidente francés Giscard d’Estaing. El diplomático español Ignacio García-Valdecasas analiza y sistematiza las causas de este fracaso, que son muchas y muy complejas: motivaciones políticas (soberanista, antisistema, europeísta y oportunista) y socioeconómicas (miedo popular, castigo a la clase política y descontento general). *“Las causas –puntualiza– pueden a menudo solaparse con las motivaciones, pero en general cuentan con entidad propia: la consideración de Europa como cabeza de turco, la irresponsabilidad por parte de la clase política, la ambigüedad del proyecto europeo y la lejanía del mismo, el olvido del pasado reciente y la desaparición de la amenaza soviética, el impacto de la globalización y de la nueva situación geopolítica y geoeconómica mundial, el fenómeno de la inmigración, la inseguridad ciudadana asociada a menudo a la desaparición de fronteras dentro de Europa, la ampliación de la Unión y la cuestión turca”.*

Este artículo, escrito hace siete años, no tiene en cuenta obviamente el impacto de la crisis económica que a nivel sobre todo europeo estamos viviendo hoy. La solución que las instituciones europeas den al problema constituirá en definitiva la prueba del algodón de que la solución aportada por Jean Monnet en 1950 a un problema también económico (el plan Schuman) tiene su continuidad en estos difíciles momentos.

Pese a las críticas expuestas, existen razones y de peso para el optimismo. Ningún país que yo sepa (incluida la siempre reticente Gran Bretaña) ha manifestado su deseo de abandonar la Unión Europea. Se han experimentado notables avances en todas las facetas que configuran el día a día de los ciudadanos europeos. No voy a referirme a ellas por obvias, puesto que las vivimos todos los días. ¿Podríamos concebir nuestra vida fuera del euro, o incluso fuera de Europa? El proyecto europeo no tiene marcha atrás. Pero como todos los proyectos humanos no es inamovible, sino manifiestamente mejorable. Ya lo dijo Monnet: *“Los hombres no aceptan el cambio más que en la necesidad y no ven la necesidad más que en la crisis”.* Ha llegado el momento de hacerlo, es el gran desafío que tiene hoy el “monnetismo”, si quiere ser fiel a la concepción de Europa que movía a su inspirador, Jean Monnet.

EPÍLOGO: La cuestionada identidad de Europa

Ello nos remite a una cuestión esencial: ¿Cuál es la idea de Europa que late en el fondo del proyecto unitario europeo? ¿Tiene algo que ver con el mito griego del rapto de Europa, que a tantos artistas ha inspirado?

Europa es un personaje mitológico, una hermosa doncella fenicia de la que se enamora el dios Zeus. Convertido en un toro blanco, la rapta mientras se está bañando

en una playa de la costa fenicia y la lleva en sus lomos a través del Mediterráneo a la isla de Creta, donde la seduce bajo un árbol, el plátano, que desde entonces tendrá las hojas perennes. Europa, convertida en la primera reina de Creta, dará el nombre a todo el continente europeo.

Pero la pregunta que nos hacemos no es quién es Europa sino qué es Europa. Y podemos afirmar que es la pregunta del siglo, porque nadie se pone de acuerdo en la respuesta.

Lo más sencillo es definirla con una tautología consistente en reproducir la lista de los 27 países que integran la Unión Europea. Pero esto no aporta nada a la cuestión esencial, la de su identidad. En Francia suele citarse como uno de los primeros "conceptualizadores" de Europa, al político y hombre de letras Victor Hugo quien, en el siglo XIX, escribió este texto que se titula "El futuro" y del que transcribo unos párrafos:

"En el siglo XX, habrá una nación extraordinaria. Esta nación será grande, lo que no le impedirá el ser libre. Será ilustre, rica, pensante, pacífica, cordial para el resto de la humanidad. Tendrá la dulce gravedad de una hija mayor. [...] Esta nación tendrá por capital a París, y no se llamará Francia, se llamará Europa. Se llamará Europa en el siglo XX y, en los siglos siguientes, más transfigurada todavía, se llamará la Humanidad. La Humanidad, nación definitiva, y desde estos momentos entrevista por los pensadores, esos contempladores de las penumbras [...]"

Otro escritor, también francés y poeta, Paul Valéry retoma la cuestión y en un texto escrito tras la Primera Guerra Mundial, que tituló *"La crisis del Espíritu"* y que tuvo un enorme eco, describe así la identidad de Europa:

"Un primer pensamiento aparece. La idea de cultura, de inteligencia, de obras magistrales está para nosotros en una relación muy antigua –tan antigua que raramente nos remontamos hasta ella– con la idea de Europa.

*Las otras partes del mundo han tenido civilizaciones admirables, poetas de primer orden, constructores e incluso sabios. Pero ninguna otra parte del mundo ha poseído esta singular propiedad **física**: el más intenso poder **emisor** unido al más intenso poder **absorbente**".*

Ha sabido absorber las grandes culturas del mundo occidental (Roma, Atenas y Jerusalén, se dice quizás con una excesiva simplificación). Aquí se enmarcaría la petición expresa del Vaticano de aludir expresamente a las raíces cristianas de Europa en el Preámbulo del proyecto de Constitución Europea de 2005, que el ponente de la Convención que la redactó (Valéry Giscard d'Estaing) no atendió, atendiendo, como buen jacobino, al valor supremo del principio de laicidad. Y quizás con razón, porque en el crisol de Europa se ha hecho la síntesis de todos los logros técnicos y culturales

surgidos de las más diversas partes del mundo: atrayendo y asimilando la técnica china al igual que la matemática árabe, la pintura japonesa al igual que la estatuaria africana, produciendo la más nueva y la más compleja de las aleaciones.

Pero el movimiento sería doble, continúa Paul Valéry. A lo largo de los siglos, Europa tuvo la particularidad de difundir lo que es, sobre el conjunto del planeta. Por la fuerza de su poder militar y sobre todo por la seducción que intelectualmente era capaz de ejercer, Europa habrá conquistado al mundo y extendido sus valores, sus gustos y sus mitos sobre la superficie entera del globo. Resumiéndolo en una frase: “Todo vino a Europa, y todo vino de Europa”.

Otro autor francés contemporáneo, Edgar Morin, en su libro *“Penser l’Europe”*, la define como “un hervidero dialógico permanente”: complejo caldo de cultivo o torbellino intelectual contradictorio. *“Europa no tendría ninguna otra unidad que la de la imposibilidad de atribuirle una”*.

Definir la verdadera identidad de Europa, al menos desde la perspectiva francesa, resulta una tarea poco menos que imposible. Quizás la solución no venga del pasado sino del futuro. Profundizando en la noción de “acción”, como hizo en los umbrales del siglo XX el filósofo cristiano Maurice Blondel, que tanta influencia tuvo en pensadores como Teilhard de Chardin y en el proyecto que late en el fondo – e incluso en el nombre – de las múltiples aportaciones de Monnet. Ya lo decía Paul Valéry en 1919, tras la Primera Guerra Mundial: dos vías se abren para Europa, la de la decadencia y la del renacimiento. Jean Monnet, junto con otros muchos líderes políticos que hemos citado, optó pragmáticamente por la segunda vía, la de la construcción europea.

Mi última cita no la tomo de un francés sino de un alemán, y no es de un literato sino de un teólogo protestante, Jürgen Moltmann, a quien se debe el siguiente apólogo:

“La leyenda dice: Al comienzo del Mundo Moderno, llegaron tres hadas madrinas aportando sus regalos: la primera, la Libertad; la segunda, la Igualdad; la tercera, la Prosperidad.

Pero al anochecer de aquel día, se presentó también el hada mala y le dijo: De las tres promesas, sólo se te pueden conceder dos. Elige.

El Mundo Moderno del Oeste eligió la Libertad y la Prosperidad, pero nunca conoció la Igualdad.

El Mundo Moderno del Este eligió la Igualdad y la Prosperidad, y nunca conoció la Libertad.

Los filósofos y los teólogos eligieron el Mundo Ideal: la Libertad y la Igualdad, pero nunca ganaron la Prosperidad”.

En esta Europa compleja de los mercados y de los mercaderes de Prosperidad que estamos padeciendo, ¿no habría que volver la mirada a lo que gravita en el fondo